

Félix Armando Núñez

Obertura para el cuarto centenario de Concepción



ON mi segura mano, trémula ahora de asom-
[bro,
abrí la puerta viva de helechos y ramajes
de la maravillosa selva austral,
e inverosímil árbol, secular cuatro veces,
florecía por todos los ámbitos la gloria
con musicales flores de cristal.

Sobre pellines próceres y sagrados canelos
y ulmos suaves vestidos por las constelaciones,
y agrios boldos y peumos de cutis virginal,
un cielo resonante de frenéticos vientos
se rasgaba en jirones luminosos y alegres
a través de la rota techumbre vegetal.

Una presencia verde, cada instante más densa,
ensayaba dar cuerpo al ser de la sorpresa,
pronto ya a levantarse con refulgente piel:
las hojas exhalantes al olfato embriagaban,
y en la maraña arisca de aborígenes frondas
casi se adivinaba la rama de laurel.

Y vi erguirse a Lautaro, Aníbal de las selvas,
las pupilas de puma, los músculos de roble,
en los labios la púrpura de un claro corazón.
Como por un boquete de los montes el puelche
que todo lo remece con su hálito de altura,
se había deslizado el recio mocetón.

Extranjeros osaban hasta allí aventurarse.
Resonaban sus pasos de hierro victoriosos,
y en el primer instante fué el sigilo la ley:
las tribus no salían de su pávido asombro;
las tribus ignoraban el tiempo y la distancia
que abreviaba el imperio de un poderoso Rey.

Ignoraban el viejo continente y la fuerza
de expansión de sus razas en permanente choque,
dispuestas a la muerte con sobrehumana fe;
y a España, rompeola de vivientes mareas,
forjada como hierro en las guerreras cóleras:
contradictoria y mística cual ningún pueblo fué.

Ignoraban la olímpica aventura del nauta sobre la misteriosa ruta de los océanos dominando la rabia de los hombres y el mar: el júbilo de dioses del gran descubrimiento, la integración del mundo por unos cuantos cíclopes que a la vuelta traían un prestigio estelar.

Ignoraban la marcha a través de las selvas intrincadas, los ríos grandes y peligrosos, y los abruptos montes y el desierto sin fin, el caballo, el acero y el orden de las tácticas que el poder multiplica y embellece el ataque, y la magia segura del toque de clarín.

En verdad superhombres eran aquellos héroes. Nosotros ahora mismo los vemos semidioses que sienten el orgullo de su incansable afán. Y grandes los vió el indio: estirpe mitológica, centauros imponentes, prodigiosos titanes de fulgurantes ojos e imperioso ademán.

Se llamaba uno de ellos Don Pedro de Valdivia, y, Don Quijote, amaba más que el poder la gloria, y más que los tesoros la áurea inmortalidad. De su cabeza olímpica—como de la de Júpiter—Ateneas armadas de la Fe y el Ejemplo, nacían sonriendo una y otra ciudad.

Fué así Penco, más tarde Concepción, vigilante frente a la Araucanía y el pirata futuro, la ciudad cuyo sino ha sido vigilar: primero contra el indio invicto y los corsarios, luego contra arbitrario dominio y tiranía, y hoy faro del Espíritu no cesa de irradiar.

¡Oh! el inicial encuentro, cuando ya recobradas de su estupor, las tribus decidieron medirse con aquellos campeones doblados de metal; e hirieron a las huestes de la ínclita Castilla, derribaron jinetes, quemaron campamentos e inspiraron a Ercilla su poema inmortal.

Súbitamente hubo para la resistencia arengas inflamadas del viejo Colo-Colo, astucias de Lautaro, vigor de Caupolicán: la selva gigantesca parecía animarse con humana existencia, y en flechas florecía: ¡luchaba España contra Anteo y contra Pan!

Frenética y continua pugna de dos potencias: el amor a una patria, única en su belleza, y el amor de la Gloria, que ansía perdurar. ¡Oh! leche de heroísmo que a la ciudad naciente nutriera, y aun le nutre el pecho de leona para cumplir su sino, que es siempre vigilar.

Santiago, 1950

LA SENDA DEL ESPIRITU

(Suite sinfónica)

I

LA ROSA

(Sugiere otra realidad)

Con un aire de niño o de doncella
diviniza la efímera hermosura,
pues siendo viva permanece pura
como vestal de una lejana estrella.

En esos días claros y sin huella
en que es el corazón raíz de altura,
toda la esencia cósmica fulgura
en la graciosa llama que enciende ella.

Y contemplando su rubor de auroras
o de mejillas y su piel de seda
sin saber cómo se nos van las horas.

Y al llegar el crepúsculo impreciso,
una beatitud azul nos queda,
vislumbre de la gloria o el paraíso.

II

CIELO NOCTURNO

(Caída en la angustia)

Cielo nocturno, inescrutable cielo,
ando en tu inmensidad todo perdido:
en tus claves de luz no me han instruído
y por ansiar leerte, me desvelo.

Como el creyente sufro de un anhelo
de inalcanzable perfección: dolido
desencanto del mundo conocido
que busca en otro mundo ideal consuelo.

Y no percibo en el silencio inmenso
más que el llanto estelar de tu infinito
que es sobre el mío escalofriante lloro.

Y si quiero pensar, pienso y no pienso
al sentirme tan solo y pequeño
vagando en tu glacial desierto de oro.

III

EL SER

(La realidad absoluta)

Buscas decir la esencia que perdura,
Sumo Bien semejante a luz gloriosa
que insinúa el encanto de la rosa
y el vivo corazón de la hermosura.

Lo que es jardín de estrellas en la altura
y erige en tu interior fuente gozosa
de simpatía, o escala esplendorosa
con que ascender a la Belleza Pura.

¿No se rompe tu voz en lo inefable?
Alégrate de haberlo sugerido
con un verso que cante mejor que hable.

Y en éxtasis inmenso sumergido
oye la sinfonía incomparable
del vasto azul siempre recién nacido.

IV

EL GRAN TESORO

(Los valores)

Lo que siempre has buscado vanamente,
lo que sueñas y nunca se efectúa:
claro Bien que en verdad se perpetúa,
armonía inmortal, paz permanente.

Justicia pura, clima transparente
de un alma en que Dios mismo se insinúa,
el Ser que hacia la Nada no fluctúa,
definitiva luz siempre presente.

He aquí, porque es ideal, tu gran tesoro.
Tú lo persigues siempre, aunque no lo hallas
seguro de que vale más que el oro.

Por él la Humanidad libre batallas,
y el justo oye en la Muerte el dulce coro
del Amor tras las últimas metrallas.

V

PAZ

(Clima del Espíritu)

¡Oh! hacer de la azucena un largo día
y quedar deslumbrados de blancura,
y sentir en su aroma un alma pura
que nos infunda angélica armonía.

Como la nívea imagen de María
sublima en el creyente la hermosura:
toda celeste flor, toda dulzura,
toda en gozo pascual la fantasía.

Y dar a los hermanos de la tierra,
nuevo pentecostés o nueva aurora
que los haga olvidarse de la guerra.

Y que en lugar de proyectiles bélicos
miren caer de lo alto como otrora
los luminosos lirios evangélicos.